

MANUEL SÁNCHEZ-SEVILLA

EL TESORO DEL ALCÁZAR

algaida



Primera edición: 2016

© Manuel Sánchez-Sevilla, 2016

© Algaida Editores, 2016

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-682-0

Depósito legal: SE. 1193-2016

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Introducción	13
I	22
II	29
III	36
IV	46
V	52
VI	57
VII	64
VIII	72
IX	78
X	84
XI	90
XII	95
XIII	104
XIV	111
XV	127

XVI	132
XVII	142
XVIII	147
XIX	152
XX	154
XXI	159
XXII	163
XXIII	176
XXIV	182
XXV	188
XXVI	197
XXVII	202
XXVIII	208
XXIX	218
XXX	225
XXXI	230
XXXII	240
XXXIII	250
XXXIV	259
XXXV	261
XXXVI	269
XXXVII	279
XXXVIII	284
XXXIX	294
XL	302
XLI	309

XLII	316
XLIII	326
XLIV	329
XLV	336
XLVI	340
XLVII	345
XLVIII	350
XLIX	359
L	365
LI	372
LII	378
LIII	383
LIV	391
LV	395
LVI	400
LVII	405
LVIII	410
LIX	415
Epílogo	419
Notas del autor	425
Agradecimientos	429

TRAS LA DERROTA SUFRIDA POR EL EJÉRCITO NAPOLEÓNICO en Bailén, el rey, José Bonaparte retrocedió con su Estado Mayor hasta Vitoria. La victoria de las tropas españolas ayudadas por las gentes de Jaén y el sofocante calor, había sido la primera sufrida por los franceses. El emperador no iba a consentir que aquello quedara impune, la honra y el prestigio de la Grande Armée, estaban en juego.

Doscientos cincuenta mil soldados franceses llegaron a España comandados por el mismísimo emperador Napoleón Bonaparte desplegándose inmediatamente por todo el país. Los sitios de Zaragoza y Gerona fueron dos ejemplos de resistencia española, pero todo era inútil contra el ejército que había vencido en Austerlitz y conquistado media Europa, aniquilando a ejércitos bien pertrechados e invadiendo enormes cantidades de territorio. Tras derrotar a las afueras de Madrid al último contingente español, Napoleón llegó a la capital del país restituyendo en el trono a su hermano.

Las tropas gabachas no tardaron en regresar al sur de la península para ir tomando ciudad por ciudad casi sin oposición,

algunas fueron saqueadas, como el caso de Córdoba, después que un tiro furtivo abatiera el caballo del general Dupont. Otras, como el caso de Sevilla, desamparada tras la cobarde huida de los miembros de la Junta General a Cádiz, algunos de los cuales estuvieron a punto de ser linchados a la altura de Jerez como traidores, no opusieron resistencia al invasor.

Las divergencias entre el mariscal Soult y el nuevo regente del país se pusieron de manifiesto desde un primer momento. El general en jefe de los ejércitos del mediodía actuaba como si de un virrey se tratara, obviando para la mayoría de asuntos importantes a la figura del soberano.

En febrero de 1810 Pepe Botella, así había sido bautizado popularmente el nuevo monarca, hacía su entrada triunfal en la capital hispalense acompañado por su Estado Mayor. La ciudad recibió a los invasores haciendo sonar las campanas de la catedral y entregando las llaves de la ciudad a aquellos enemigos, que, vista la actitud de los que debían liderar la defensa de la villa, se convirtieron en casi libertadores. Por todos era conocida la actitud de Sevilla, donde nadie pagaba traidores.

François Guillot, capitán de lanceros, era un joven francés decidido a ascender en el escalafón a toda costa, sin importar cuántos cadáveres tuviera que dejar en el camino para lograr su objetivo... Poco podía intuir que pronto tendría la oportunidad de lograrlo.

Un año antes de la llegada de los franceses a la capital hispalense, una reunión estaba a punto de producirse en una céntrica iglesia sevillana...

INTRODUCCIÓN

Iglesia de San Francisco, Sevilla, 1809

EN AQUELLA ESTANCIA DE LA IGLESIA DEL SALVADOR, EN pleno corazón de la ciudad de Sevilla se reunía lo más granado de la sociedad sevillana, los hombres más ricos de la ciudad se daban cita para sopesar un peligro que les acechaba en aquellos días tan aciagos. Los franceses se estaban apoderando del país a toda prisa, y hasta las ciudades que aún no habían sido tomadas llegaban rumores sobre saqueos, pillaje y, sobre todo, lo que más preocupaba a aquellos potentados: expolios sobre todo bien, moneda de oro y presente que tuviera valor para ellos. Aquella circunstancia les tocaba de lleno, al menos a los que como allí estaban, eran patriotas antifranceses reconocidos aunque, como suele suceder en la mayoría de los casos, más de boca que de futuros hechos. Otros, más proclives con los nuevos gobernantes del país, tenían poco o nada que temer para con sus bienes y haciendas, o al menos eso creían ingenuamente. Eran los llamados afrancesados.

Muchos de los allí presentes, aunque no lo divulgaran públicamente, tenían pensado, aun cuando en su interior la sangre ardiera sólo con imaginarlo, abrazar afectuosamente la causa francesa, si llegaba el caso y el viento soplara con aires galos, con

tal de no perder sus prebendas y posiciones. Situarse al lado del que, ahora sí, iba a ser el vencedor de la contienda, no garantizaba nada, salvo salvar la vida, pero siempre era más conveniente que acercarse al vencido. Ninguno de los reunidos se caracterizaba por dejar nada al azar, quien más y quien menos, había hecho su fortuna poniendo tantas cláusulas contra avatares futuros en sus contratos, que ni el más avezado de los abogados mercantilistas podía encontrar un resquicio donde poder exigirles lo más mínimo. Los franceses eran un cliente como otro cualquiera, que deseaba mercancía, al menor precio posible, es decir, por nada. Lo importante era negociar con buen tino, y nada mejor que comerciar en conjunto.

—¡No podemos dejar que hagan lo mismo en la ciudad de Sevilla, tenemos que hacer algo! —La voz alterada de fray Jorge de Usera, párroco titular de la iglesia del Salvador, denotaba la angustia que desde hacía unos días invadía su existencia, y por la cual había reunido allí a aquellas personalidades de la ciudad. Su cuerpo enjuto envuelto por la sotana marrón no paraba de deambular de un lado a otro, con gesto serio apretaba la comisura de los labios como si de aquella manera fuera a dar con la solución al problema. Su rostro lozano era el contrapunto incongruente al famélico cuerpo que sostenía a fray Jorge, mientras que la cara del cura estaba sonrojada debido a la alteración que le imbuía y hasta su calva parecía tornar, del habitual sonrosado, a un rojo mucho más vivo. La papada que colgaba lozana bajo la barbilla enterraba casi por completo la masculina nuez y denotaba que, en aquellos tiempos de necesidad, fray Jorge de Usera no pasaba hambre.

—Mantenga la calma, fray Jorge, no tenemos certeza sobre lo que se cuenta, ya conoce a la gente, le gusta magnificar las cosas y de una brizna de hierba seca hacen un pajar... y por descontento le meten fuego a la más mínima oportunidad. —La

calma intentaba ponerla don Javier Quiñones bajando y subiendo los brazos intentando insuflar tranquilidad. Aquel hombre, un afamado comerciante sevillano de no muy buena reputación, que había hecho fortuna con las transacciones iberoamericanas, lo cual le había servido para encumbrar su apellido hasta la alta sociedad de la ciudad, alcanzando gran influencia, siempre alardeaba de su fortuna y de la suerte que habitualmente le acompañaba. Las malas lenguas no cesaban en afirmar que los negocios de Quiñones eran demasiado turbios, recalcando la apreciación de «demasiado», pues todos los que habían hecho fortuna comerciando con el Nuevo Mundo, desde los tiempos de los católicos reyes, habían engañado y trampeado, inclusive a las arcas públicas, con dobles fondos en bodegas y cuadernas de los barcos que llegaban a los puertos de Sevilla y Cádiz. Hombre calmado y sereno, sabía que en momentos como aquellos esos atributos eran vitales. Las prisas no eran buenas consejeras. Sentado con las piernas cruzadas y fumando un puro, Quiñones era la imagen de la parsimonia y la tranquilidad. El rostro de don Javier, fino casi como el de una joven moza, sólo era afeado por una nariz puntiaguda que amenazaba con apuñalar a su dueño, y a poco que este mirara hacia abajo con mayor ímpetu de lo habitual, dibujaba una sonrisa amigable casi como si allí no pasara nada y sólo fuera una reunión de cortesía. Todo lo contrario, la procesión iba por dentro.

—¿Y si nuestra ciudad puede defenderse y no consiguen entrar en ella? —Quiñones confiaba en las defensas que se estaban disponiendo ante la más que segura llegada de los gabachos.

—¡No voy a calmarme, amigo Quiñones, la situación es grave y pronto será demasiado tarde para remediarla!... ¡Bien sabe usted que esos desalmados mata frailes llegarán... sea este mes o dentro de un año... pero llegarán! —Respiró profunda-

mente fray Jorge, haciendo una pausa e intentando refrenar su furia, que a buen seguro no era plato del gusto del Todopoderoso. Deambulaba de un lado a otro, no podía estar quieto un solo instante—. Mi información no mana de las habladurías del pueblo, sino de otros clérigos que acuden desde otros puntos del país, y confirman que en todos sitios hacen lo mismo... ¡Lo saquean todo!... Y todo sale inmediatamente con destino a París —concluyó solemne fray Jorge, como si estuviera dando un sermón de domingo ante una parroquia colmada de feligresía.

—Estoy de acuerdo con el padre, tenemos que hacer algo, todo el tiempo que nos demoremos en tomar decisiones, correrá en nuestra contra. —La voz sosegada, aunque al mismo tiempo denotando incertidumbre, era la de maese Rodrigo, notario de sobrada reputación en la ciudad y hombre de entera confianza de los allí presentes. La presencia del registrador público daba una nota de oficialidad a la reunión; por su menor condición económica no contaba con las riquezas de los que se reunían, tampoco tenía tantas haciendas ni sirvientes, y ni siquiera ostentaba título nobiliario menor, aunque por descontado no era pobre. Su cuerpo rechoncho, sus cabellos blanquecinos y una sempiterna sonrisa daban el aspecto de un abuelo afable, siempre con la palabra justa para cada momento. El notario era además caballero de la Real Maestranza, administrador de El Alcázar y responsable de cuentas del ayuntamiento sevillano, y jamás se le había conocido salario «extra» aparte de sus emolumentos oficiales. Maese Rodrigo era un hombre honrado y tener aquella fama entre tantos lobos era tener la confianza de aquellos señores garantizada. Rodrigo también contaba con infinidad de contactos en todos los estratos de la sociedad sevillana, lo que le confería la capacidad de estar informado de todo lo que acontecía en la ciudad del Guadalquivir.

—Yo también creo que deberíamos tomar medidas. Fray Jorge está en lo cierto y a mí también me han llegado informaciones al respecto que coinciden con las que maneja nuestro párroco. —La opinión del duque de Aguasfrancas era el parecer que sentenciaba la reunión. Don Federico de Guzmán y Flandes era el aristócrata más influyente de la ciudad de Sevilla y su palabra era para muchos casi dogma de fe—. ¿Qué se propone para salvaguardar nuestros intereses? —inquirió el noble abriendo la veda para las ideas que cada uno quisiera exponer, como si de un pistoletazo de salida se tratara en una carrera de equinos. Achaparrado y orondo, el duque de Aguasfrancas era un prodigio de sagacidad y sabiduría.

—El lugar donde guardemos nuestros más preciados bienes debe ser secreto y cumplir con un requisito ineludible, ser conocido por una persona sólo, así evitaremos traiciones y posibles chivatazos... —Fray Jorge parecía tenerlo todo pensado con anterioridad, daba la impresión de que para él, aquella reunión sólo era un trámite—. ¿Cómo conseguimos acarrear toda la mercancía sin que los que lo hagan nos delaten o quieran robarnos? —Aquel escollo no era un tema baladí, cualquiera podía delatarlos llegado el momento por un puñado de monedas, y bien es sabido que lo que conocen dos pronto lo conocerán tres, y sólo es cuestión de tiempo que lo sepa todo el mundo.

—Podemos contratar gentes que no sean de Sevilla, guardar los valores en arcas y baúles cerrados y así no sabrán qué portan, luego les pagamos y cuando regresen a sus lugares de origen, nadie podrá interrogarlos, además tampoco sabrán qué tienen que contestar, sólo han transportado baúles y paquetes bien fundados —apuntó maese Rodrigo.

—Deben ser pues de lugares distantes de Sevilla, al menos de Córdoba, Huelva o quizá Cádiz —asintió satisfecho con la propuesta fray Jorge.

—Conozco mucha gente en Cádiz, puedo traer mano de obra de allí —volvió a intervenir el notario—, además creo conocer el lugar idóneo para esconder los arcones. Si los franceses logran entrar en la ciudad, será el último lugar donde piensen encontrar un tesoro escondido.

—Hagamos los preparativos cuanto antes, no hay tiempo que perder. —El Duque de Aguasfrancas se levantó raudo, como dando por terminada la reunión—. Propongo que el señor notario sea quien se encargue de todo y cuando todo esto haya pasado, nos haga recuperar nuestras riquezas; se le proveerá para los gastos que originen los traslados, el pago de los operarios y sólo él sabrá del paradero del tesoro. Por supuesto, será recompensado convenientemente —todos asintieron, mientras maese Rodrigo agradecía la confianza que se depositaba en su persona con una sonrisa satisfecha y asentimientos correspondidos a los presentes—. Todos confiamos en su buen hacer, su honorabilidad y competencia, estoy seguro de que no erramos al poner en sus manos nuestros patrimonios más valiosos. —Una sonrisa solemne se dibujaba en el rostro de Federico de Guzmán y Flandes.

—Conozco a maese Rodrigo desde hace años y no creo que haya en esta ciudad hombre más capaz para este cometido —habló con parsimonia Enrique Fernández, a la sazón primo lejano por parte de madre del depuesto rey Carlos IV y noble por la gracia de Dios, aunque no un grande de España como el duque de Aguasfrancas, su título de marquesado lo tenía por derecho dinástico su hermano mayor, Pedro. Don Enrique era un hombre capaz y aunque su posición nobiliaria le garantizaba cierto nivel de vida acomodada, nunca había renunciado a hacer negocios, como en aquel momento tenía en marcha y que le había reportado pingües beneficios: suministrar camisas al ejército español, para lo que no había escatimado

en dádivas a los responsables ni en tirar de contactos y recomendaciones conseguidas por el parentesco que le unía al antiguo monarca. Tampoco había estado mal usada su amistad con el valido Godoy del que, evidentemente en aquel momento tocaba, renegaba a los cuatro vientos a la menor ocasión, aunque a ninguno de los allí presentes se les hubieran olvidado sus públicos halagos al valido del depuesto rey en otros momentos más halagüeños para la monarquía depuesta—. Estas decisiones no tendríamos que tomarlas de no haber mediado tan mal gobierno por ese desgraciado de Godoy, ¡mal rayo le parta en dos!

—Todos sabemos de dónde vienen los males de este país. —El duque de Aguasfrancas intervino para que aquello no se convirtiera en una proclama política, no era el momento ni el lugar. Lo que allí les había reunido eran negocios y a los antiguos dirigentes que habían llevado el timón y a los nuevos que ahora dirigían España, sus tejemanejes les importaban poco o nada, ellos tenían otros problemas. Ahora no estamos para discutir esos temas, sino para poner a salvo nuestros más preciados bienes, reitero mi confianza en maese Rodrigo y su buen hacer. —La unanimidad de los asistentes confirmó la labor encomendada al notario, mientras maese Rodrigo refulgía de orgullo y satisfacción. Aquello era un espaldarazo a su posición social en la ciudad, y quién sabía si en un futuro aquella encomienda podía proporcionarle un estatus más alto.

—Llevaré a cabo el cometido. Esperemos que todo pase y pronto veamos liberado nuestro país del yugo al que quieren someterlo y todo vuelva a la normalidad. España debe ser gobernada por y para los españoles y nadie debe venir a injerir en nuestros asuntos.

—Y mucho menos en nuestros bolsillos... —Río quedo Enrique Fernández, dejando claro cuáles eran sus prioridades.

—Eso es bien cierto... —acompañó la risa el notario, mientras unos asistentes sonreían y otros, sin más, asentían, preocupados por la situación a la que iban a enfrentarse sus haciendas—. Cuando tengan preparado los bienes que crean oportuno salvaguardar, háganmelo saber vuestras excelencias y pondré en marcha toda la operación.

—Esperemos que así sea y nuestro país se vea libre del invasor. Tendrá noticias mías a la mayor brevedad, maese Rodrigo, prepararé mis arcones cuanto antes —se despidió Don Javier Quiñones.

Uno a uno los presentes fueron abandonando la iglesia, con cierto espacio de tiempo entre uno y otro, como había recomendado fray Jorge, con la intención de no levantar sospechas. Tanta persona de calidad reunida no era fácil de ocultar. Pronto fray Jorge y maese Rodrigo quedaron solos en la iglesia.

—¿Tiene pensado el lugar donde va a guardar tan enorme fortuna, maese Rodrigo? —Fray Jorge comprendía la magnitud del encargo y la responsabilidad que recaía sobre los hombros del notario. Aun con la intachable reputación de maese Rodrigo, el cura no las tenía todas consigo.

—Sí, padre, lo tengo... —Suspiró profundamente maese Rodrigo—. Espero que nadie pueda encontrarlo allí. Tomaré todas las medidas oportunas para que permanezca oculto a cualquiera hasta que consideremos que el peligro haya pasado.

—Confiamos en su sapiencia y discreción, que por supuesto, como bien ha dicho el señor duque, será recompensada con creces. —Fray Jorge no quería dejar ningún cabo suelto. Bien sabía él, mejor que otros, de la debilidad del ser humano a cuenta de uno de los pecados más comunes de todos los tiempos: la avaricia, que, como decía el refranero popular, rompía el

saco, y en aquella ocasión el saco era demasiado apetitoso como para que ni la más pura alma, dudara en sucumbir a la tentación.

—No están equivocándose al encargar el cometido a mi persona, el cual si es necesario cumpliré con mi propia vida. —La afirmación del notario sonaba creíble, no era una fanfarronada. El clérigo miraba a los ojos del notario, de los que manaba la fuerza de la convicción y el honor por encima de cualquier otra cosa.

—No lo dudo un instante, hijo mío; como buen caballero y excelente patriota bien sabes que esto que hacemos es para salvaguardar el patrimonio del país contra los invasores. —Fray Jorge intentaba convencerse a sí mismo de aquel extremo aunque la realidad distaba mucho de su afirmación. Protegían sus fortunas personales y la de la Iglesia, el interés nacional les importaba más bien poco, nada para ser exacto. Quién gobernar era lo de menos si ellos podían mantener su estatus y su nivel de vida, sin penurias y estrecheces, de forma opulenta.

—Por supuesto, padre, nadie puede dudar de ello. Hasta mis oídos han llegado noticias de que algunas cofradías de la ciudad están previendo esconder imágenes para que los gabachos no arramplén también con nuestro patrimonio imaginero. —Cada cual ponía a salvo sus bienes como consideraba oportuno, desde el más común artesano, hasta aquellos que más posesiones tenían.

—Así es, maese Rodrigo, que Dios nos guarde de estos bárbaros.

—Que así lo haga, padre, nos va a hacer mucha falta su ayuda.

I

Sevilla, 5 de abril de 1810

HABÍA OÍDO LOS PASOS DE SU MARIDO AL PASAR JUNTO a su aposento, también las órdenes que había impartido al servicio antes de ir a las atarazanas. Joaquín, que así se llamaba su esposo, regentaba una compañía venida a menos de transportes navieros con las colonias americanas. Sus ojos se fueron abriendo lentamente, como si no quisieran saludar al nuevo día, que a buen seguro sería tan tedioso como el anterior y como el que antecedió a este. La buena noticia era que cada vez quedaban menos días para el esperado baile que ofrecería el rey José I en el Alcázar. En cierto modo no podía quejarse, al menos las noches no eran tan aburridas como hasta hacía bien poco y la llegada de la oscuridad avecinaba emociones fuertes. Se desperezó con parsimonia, en cierto sentido no deseaba despertar por completo, aún tenía el regusto de la noche pasada en todo su cuerpo, en forma de leves punzadas que se clavaban como las finas agujas que usaban las modistas cuando le tomaban medidas para un nuevo traje, aunque estas pinchaban por dentro. Cada vez que ocurría el efímero dolor, llegaba a su memoria infinidad de posturas y eternos jadeos que hacían brotar una sonrisa tontorróna en su rostro.

El capitán francés que había sido alojado en su casa había apreciado su belleza nada más conocerla, eso y algunas sonrisas pícaras, habían bastado para dejarle claro al militar su predisposición a ser visitada a horas adecuadas. Francisca de Arteché se había casado con un rico comerciante sevillano, treinta años mayor que ella. El padre de Francisca había convenido el matrimonio de la menor de sus hijas, con una dote más que suficiente para mantener a su familia durante años. Eran otros tiempos cuando el comercio con las colonias reportaba pingües beneficios con los que un viejo podía comprar la virtud de una muchacha, aunque lo que no podía comprar el dinero era la capacidad de satisfacer a esta, y Francisca de Arteché necesitaba mucho para ser satisfecha.

Su cuerpo estilizado no necesitaba ser oprimido por ninguna faja y su pelo negro como la endrina siempre iba suelto, aunque fuera en contra de las leyes de la aristocracia, aquello resaltaba aún más su rostro fino que parecía hecho por un hábil escultor que hubiera cincelado hasta el más mínimo detalle; incluso un pequeño lunar en la mejilla derecha, muy del gusto de la época, no era pintado sino natural y sus enormes ojos negros brillaban llenos de una pasión y un deseo oculto, al menos para su ajado marido que, pese a sus repetidos intentos, había terminado por desistir atribulado por su incapacidad sexual, sin pensar en que una mujer como ella resultaba ser demasiada para un hombre con su edad. Y no es que Joaquín no fuera capaz aún de ser hombre, pero no era lo suficiente hombre.

El capitán francés había sido alojado en su casa como tantos otros por toda Sevilla, por orden del nuevo gobierno galo, que instalaba a sus oficiales en las casas de familias con renombre de la ciudad, y a fe que pecunia su marido no tenía, pero rancio abolengo de adinerado y fachada pública de potentado, sí.

Los primeros rayos de sol entraban por la ventana y aquello hizo removerse en la cama a su amante. Habían gozado toda la noche sin escrúpulo alguno de ser oídos por Joaquín. Aquel viejo tenía asumidos los devaneos de su esposa y aunque intentaba hacerse el sordo y el ciego, era más importante para él qué dirían las familias adineradas antes que repudiarla. Finot o algo así era el apellido del francés aunque a Francisca aquello le importaba poco, sólo gustaba de ser poseída por un hombre joven e impetuoso capaz de penetrarla con tanta fuerza que en ocasiones pensaba que iba a traspasar su cuerpo en una de sus embestidas, y que no hacía ascos a ninguna de las fantasías sexuales de la mujer. No había pulgada del cuerpo de Finot que no hubiera lamido, ni postura extraña que no hubieran probado en pos de hacerla gemir de placer, y bien podían decir los vecinos y el servicio que lo hacía; y pese a que para la mayoría sus escarceos no pasaban desapercibidos, alguno aún podía pensar que el viejo era capaz de hacer gritar a su joven esposa. Incrédulos.

El gran problema que siempre la acuciaba era la falta de dinero. Francisca había aprendido a convivir con su anciano marido a cambio de lujos. Su padre regentaba una carnicería que servía de abasto para numerosas casas importantes de la ciudad y por ello Joaquín conoció su existencia. El negocio de ultramar no dejaba de decaer y los gastos que podía llevar a cabo se habían ido reduciendo paulatinamente, con lo que, para compensar, no hacía mucho había comenzado a desarrollar otra actividad que le era realmente lucrativa. Debido a su acceso a la alta sociedad sevillana, se enteraba de chismes sobre infidelidades que entre los corrillos de alcahuetas emperifolladas y aburridas, no dejaban de ser rumores, pero que, con la persona adecuada que siguiera el rastro y espicara a los supuestos amantes, le suministraba

información suficiente como para chantajear a la interesada. Nunca ella misma, por supuesto, sino usando siempre a desconocidos como correos y notas acusatorias con tal nivel de detalle que la señalada no podía albergar duda alguna. Ninguna se resistía a sus coacciones.

El dosel de su cama se asemejaba al de las enormes camas de la Edad Media y estaba hecho de maderas nobles traídas de La Habana en tiempos del abuelo de Joaquín, el cual había nacido en aquella misma cama, la que ahora ocupaba su esposa y un extranjero desnudo, que se reponía de una noche intensa. A Francisca le excitaba sobremanera el pecho musculoso repleto de vello del oficial francés, al que las marchas y el ejercicio lógico de su desempeño le habían servido para moldear la figura, unido todo ello a su juventud, garante inequívoca de aquella constitución física. La mirada de la mujer no pudo evitar continuar su camino hasta la entrepierna del caballero, lo que hizo brotar una sonrisa pícara en su rostro, y aunque tampoco era un armamento importante el que manejaba el hombre, Francisca había visto artillería pesada, el gabacho sabía manejarla y eso era más importante que tener un gran calibre.

Una mano comenzó a acariciar su espalda lentamente, mientras un susurro llegaba hasta sus oídos. No sabía francés, ni falta que le hacía, con el español que el capitán gabacho conocía, y el idioma corporal conocido desde tiempos inmemoriales que ella dominaba a la perfección, no tenían problemas de comunicación. Un escalofrío agradable recorrió su cuerpo. Se estremeció de placer, quizás por el recuerdo de la noche, o por lo que le esperaba en aquella soleada mañana. Los días de permiso del capitán eran lo que tenían, la noche y el día se fundían sin remisión. La cama gimió cuando Francisca se colocó a horcajadas sobre el hombre.

—¿Te gusta esto...? —Francisca se movía sensualmente sobre el soldado, rozando el pene con su sexo, haciendo círculos mientras notaba cómo crecía la erección del francés.

—*Me, Oui...* —La respiración del francés comenzó a acelerarse.

—¿...Y esto?... —La mujer cambió el movimiento circular por otro hacia delante y atrás. La cintura de Francisca parecía tener vida propia.

—... *Beaucoup...* —balbuceó el capitán— ... Mucho... —repitió en español ante la duda de si Francisca había entendido su afirmación. La mujer no necesitaba traducción, los ojos de su amante no necesitaban hablar para saber que el placer lo estaba poseyendo.

El soldado abalanzó sus manos sobre los pechos enhiestos de Francisca. Se sentía egoísta, como si sólo él estuviera disfrutando del momento y por ello comenzó a pellizcar suavemente los pezones de la mujer. Con la vista perdida y la cabeza echada hacia atrás, se dejó llevar por el placer que le proporcionaba aquella caricia, y sin demorarse más, detuvo su danza ritual para dejarse penetrar. Un gemido gutural inundó la habitación, como si en vez de dos personas, sólo una gozara en aquella cama.

Como un resorte el francés se incorporó y manteniendo la cadencia suave, abrazó a Francisca y sustituyó los dedos por sus labios. La mujer parecía enloquecer y su cuerpo comenzó a acelerar el frenesí, a lo que el oficial respondió succionando con más fuerza los pezones y aumentando también sus embestidas. Francisca creyó enloquecer cuando sintió que el hombre eyaculaba en su interior y sin demora ella también alcanzó el clímax. Empapada en sudor la mujer se dejó caer junto al gachacho.

—Tu marido... —el oficial aún recobraba el resuello— ... pronto dirá algo... —La pronunciación de la «erre» le costaba en demasía, pero su español era correcto.

—No se atreverá, le preocupa más el qué dirán... que su honra, además no oye muy bien, lo mismo ni se ha enterado.

—¿Honra?

—Su honor.

—Ah. Es importante el honor.

—¿Sí? —respondió Francisca un poco sorprendida, no encontraba mucho honor en acostarse con una mujer casada, aunque aquello era cosa de hombres, ella poco o nada apreciaba el honor.

—*Oui...*

—¿Irás al baile del rey? —Francisca sabía que un simple capitán no acudía a un baile de alta sociedad y personalidades de la ciudad, y mucho menos a uno que organizaba el mismo rey, pero le gustaba fastidiarlo, al fin y al cabo era el enemigo, aunque fuera su amante.

—No... —La respuesta del francés no sonó resentida, tenía asumido su rango y sus limitaciones—. ¿Tú sí irás?

—Por supuesto... —Su marido aún conservaba la reputación y las amistades. Por desgracia no conservaba toda su riqueza y, aunque para la mayoría de los mortales vivían en la opulencia, para ella no era suficiente.

—El rey apreciará vuestra belleza de inmediato...

—Espero que así lo haga... —Francisca esperaba el baile con entusiasmo. Habladurías, cotilleos, y sobre todo hombres apuestos y ricos, dispuestos a darse y a darlo todo por unos momentos de placer.

—Bueno he de irme... entro de guardia muy temprano y no me gusta llegar tarde. —El capitán francés se incorporó y, tras refrescarse un poco en una palangana, comenzó a vestirse. La mañana aún luchaba por ganarle la partida a la oscuridad nocturna.

—¿Esta noche...? —Francisca dejó la pregunta en el aire, sin disimular una sonrisa pícaro a la vez que se acariciaba la morena areola que circundaba su pezón. No había lugar a la duda de los deseos venideros de la mujer.

—Depende del servicio... y de la hora que pueda abandonar el cuartel.

—Pero... harás lo posible por venir... ¿no...?

—*Oui...* ya sabes que sí.

—Si te portas bien y llegas a tiempo... tendré algo preparado para ti... haré que te tiemblen las piernas cuando termines... sólo que no voy a decirte... dónde vas a terminar... —En el rostro del oficial se reflejó la excitación que comenzaba a regresar bajo las medias blancas de su uniforme a medio poner.

—Desde luego es un aliciente para no demorarme tras el servicio...

—Tú no lo hagas y tendrás recompensa... —El francés asintió mientras se colocaba los últimos arreos y el sable bruñido hasta la extenuación por alguno de sus hombres en el cuartel de la Maestranza. Cogió el alto sombrero azul oscuro rematado con una elegante pluma roja y haciendo una mueca a modo de saludo, salió de la habitación, dejando tendida sobre la cama a Francisca de Arteche a la que no terminaba de borrarle la sonrisa pensando en la siguiente noche. Ya había olvidado la pasada. La juventud no recuerda el ayer, pues no cree que el mañana tenga final.